



WALTER BENJAMIN

*Juicios a las brujas
y otras catástrofes*

RADIO PARA JÓVENES

Selección y traducción de Ariel Magnus



Prólogo de Mariana Dimópulos

Posfacio de Esther Leslie



HUEDERS





PRÓLOGO

MARIANA DIMÓPULOS

El pasado está lleno de cosas curiosas, tristes y alegres, y en su mayor parte olvidadas. Gente que uno catalogaría como extraña, lugares ahora inhabitables, hechos para los que parece no haber explicación. Pero también el presente tiene sus misterios, aunque sea lo más próximo y podamos tocarlo con la mano. Esto lo saben bien los científicos y los filósofos. Walter Benjamin vivió preguntándose por esos dos reinos del tiempo. Como a los científicos, le gustaban los descubrimientos; como a los filósofos, las ideas. Había nacido en una acomodada familia de una ciudad pujante como Berlín, en un país de inventores como Alemania. Escribió libros y ensayos sobre el arte, la historia y la sociedad. Desde siempre le había gustado viajar. Ya en su juventud se fascinó por la ciudad de París, y por varios artistas y autores del pasado. Se dedicó a recorrer Europa; mientras viajaba también encontró esos misterios que sólo podemos ver a medias: estudiaba las obras del arte de antes tanto como las ciudades que podía pisar. Pero una y otra vez se daba cuenta de que una cosa estaba emparentada con la otra y que no había forma de separarlas por completo: el pasado estaba presente en todos lados.

En sus recorridos, llegó al sur de Italia en 1924. En Nápoles conoció el volcán Vesubio –una gran atracción de la época– y descubrió la piedra porosa con la que estaban construidas las casas de la zona. Como él, habían llegado otros de distintas partes del mundo. Un escultor suizo se la pasaba dinamitando piedras para construir una torre en las rocas. Una revolucionaria rusa quería reinventar el teatro.



Algunos se reunían y había acaloradas discusiones teóricas y políticas. La segunda atracción de la zona era la antigua ciudad de Pompeya, ubicada al pie del volcán, que había quedado sepultada hacía casi dos mil años bajo la ceniza de una terrible erupción. Es posible que entonces Benjamin haya tenido una idea –o al menos su confirmación– que lo acompañaría para siempre: que la destrucción puede ser también una obra. Lo mismo que las grandes obras –los edificios, los inventos– que nos deja el pasado, también algunas destrucciones nos resultan valiosas con el tiempo. En la vieja Pompeya, las figuras de hombres y mujeres quedaron fijadas en la hora de su muerte por las capas de ceniza de la erupción: sólo gracias a esa destrucción se pudo conservar la antigua ciudad y los contornos de sus habitantes. Los protagonistas de esa catástrofe no eran ni reyes ni sabios, sino gente que corrió en busca de sus pertenencias, o se detuvo demasiado en reunirlos.

Tampoco la historia en general debía quedar limitada a los personajes vestidos con ricas túnicas y con las espadas de la victoria. Pompeya y otros lugares que Benjamin visitó mostraban que, junto a los grandes hombres –así se los llama– estaban también las víctimas y los héroes de los que la historia apenas cuenta. Pocos habían visto eso hasta ese momento; fue entonces que Benjamin se dedicó a construir un modelo para una nueva historia.

Si los estudios literarios condenaban las obras de una época pasada, él las analizaba; si el público adoraba y devoraba la novedad de las novelas, él se dedicaba a los relatos orales que habían pasado de generación en generación; si las autoridades cantaban loas al progreso de la técnica y de la guerra, él buscaba sus orígenes. Conocía el lado sombrío de la ciencia. El caso de los antiguos juicios a las brujas era una prueba: habían sido los principios de la ciencia moder-



na los que habían “demostrado” la supuesta existencia de estos seres tan temidos. A la ciencia se la llamaba magia blanca; a los embrujos de esas mujeres, magia negra. De ahí los aberrantes juicios que llevaron a tanta gente inocente a la hoguera. La magia negra de las que se acusaba a las brujas –esa sopa secreta que supuestamente reunía uñas de niños y jugos de sapos– no era muy distinta de la magia blanca de los primeros científicos, que en la misma época trataban de dilucidar la obtención del ácido sulfúrico.

Desde joven Benjamin planeó dedicarse a los libros, a la historia y a las obras de arte, además de los viajes. Un largo estudio que escribió en la isla de Capri sobre el teatro alemán –que hoy se lee con lupa– debía abrirle las puertas de la universidad y asegurarle un puesto de profesor, pero el comité evaluador lo rechazó. Se decidió por el periodismo, aunque ya conocía sus trampas. Ese nuevo trabajo prometía algunas libertades, pero era parte de un progreso del que Benjamin había empezado a desconfiar al menos desde el inicio de la Primera Guerra Mundial. Su primera estación fue el diario; la segunda, la radio. Un amigo lo hizo entrar en una emisora y entre 1927 y principios de 1933 estuvo muchas veces al aire. Eso de hablarle a un micrófono, transmitir la voz en vivo a través de kilómetros a personas desconocidas sentadas en sus casas, era una gran novedad en aquella época. Hacía muy pocos años que la primera emisora había sido instalada en Berlín.

Las técnicas tienen fecha de nacimiento, no así los elementos de la naturaleza. Como la bicicleta, que por entonces cumplía sus primeros cien años, como el teléfono, que tenía la misma edad de Benjamin, y como el auto, que había empezado a popularizarse apenas quince años atrás. El año de nacimiento de la radio berlinesa fue 1923; al principio había sido usada para la transmisión de música, pero pron-



to se develó el poder de la voz humana. En 1930, Albert Einstein, el descubridor de la relatividad, fue invitado a una emisión pública de radio para hablar de esa gran invención; en la misma época Benjamin leía ante el micrófono los textos reunidos en este libro. Einstein definió la radio como un instrumento de verdadera democracia, que hacía llegar a todos los hombres por igual la música y el arte. También era un medio para la comprensión mundial, porque servía para desvanecer la sensación de aislamiento entre gente lejana: la técnica de la radio era una conciliadora de los pueblos.

Como conocía la historia de otras técnicas, Benjamin era algo más escéptico que Einstein. En esos años planeó escribir un artículo de denuncia sobre ciertos usos políticos de la radio, antes de que Hitler y Goebbels descubrieran el potencial de ese pequeño aparato para difundir el nazismo. La radio podía ser tanto un instrumento de unión como de discordia. Como la prensa en el siglo XIX, algunos directores usaban las emisiones para sus intereses y pensaban al público no como un pueblo que debía unirse con los otros, tal como imaginaba Einstein, sino como consumidores sentados en la soledad de sus casas a la espera de algún producto. Con Hitler, esos temores terminaron cumpliéndose muy poco después.

Benjamin era hombre de dejar claves. Al elegir los temas de sus programas de radio, nos enseñó lo que revela la historia de las nuevas técnicas, que así como tienen fecha de nacimiento, a veces tienen también una de muerte (basta con pensar en la radio casete, de la que hoy es tan fácil reírse aunque haya desaparecido hace unos pocos años). Estaba claro que abstenerse de usar esas novedades como la radio no tenía ningún sentido. Había que ser contemporáneo de todas las innovaciones, aunque quizá algún día



envejeciesen y fuesen suplantadas por otras. Los juicios a las brujas, basados en teorías disparatadas, nos recuerdan que muchas verdades de la ciencia también tienen fecha de vencimiento; de las invenciones que podían resultar catastróficas nos habla el caso del puente de hierro sobre la desembocadura del río Tay en Escocia, una construcción revolucionaria que se quebró en medio de la noche justo antes o cuando pasaba un tren con doscientos pasajeros, que cayeron al agua y murieron. Y así como los atrapados entre las cenizas son los protagonistas de la historia antigua de Pompeya, los protagonistas de muchas historias del tiempo moderno no son los grandes poderosos ni los que aplican las leyes, sino aquellos que quedaron al margen de la ley o fueron condenados injustamente.

Quizá la historia entera sea una gran catástrofe, pero con una leve posibilidad de salvación. Como muchos otros que conocían del pasado, Benjamin previó en parte el último desastre histórico del que sería testigo en su vida: el ascenso del nazismo en Alemania y el principio de la Segunda Guerra Mundial. Ante la llegada de Hitler al poder, en 1933 abandonó su trabajo en la radio y huyó a España y a Francia, lugares que antes había visitado como viajero. Estuvo también en Italia y en Dinamarca. En la isla española de Ibiza conoció la vida agreste, a gente de campo y a extraños y solitarios poetas; trabajaba en sus papeles a la intemperie, bajo un árbol y el viento de la costa; observaba con su ojo crítico y sensible a extranjeros y pobladores. Comía mal; contrajo malaria. Escribía cartas y cartas, además de estudios. Cuando volvió a París, se sorprendió de no poder siquiera subir los pocos escalones que lo separaban de cualquiera de los hoteles en que buscaba alojamiento; se enteró entonces de que estaba enfermo. Es posible que supiera que no le quedaba mucho tiempo. Apenas si podía



seguir coleccionando libros y objetos, como lo había hecho durante su juventud en Berlín en la casa de su padre, experto en antigüedades; también coleccionaba cientos de citas de libros extraordinarios para un libro propio y gigantesco que nunca terminó de escribir. Ese famoso *Libro de los pasajes* estaba dedicado a París, al pasado del arte y de la técnica. Tenía muy poco dinero, cambiaba de alojamiento a cada rato. Otros huían de Europa, él trabajaba largas horas en la Biblioteca Nacional. Como los contrabandistas de whisky de los que había hablado en sus programas de radio, no creía del todo en la rigurosidad de la ley y sus prohibiciones: con el tiempo se iban haciendo cada vez más difíciles los permisos de estadía en Francia. Tendría que haber huido a tiempo, pero, ¿qué podían tener de intocable esas disposiciones que hacían y deshacían los hombres?

En 1939, esos hombres que fueron sus contemporáneos lo convocaron junto con otros y lo encerraron en un estadio de fútbol cerca de París; era un encierro extraño, sobre las gradas al aire libre. Muchos de los que estaban con él también eran alemanes exiliados, perseguidos en su país. Pero Francia había entrado en guerra con Alemania y ahora las víctimas alemanas del nazismo se habían vuelto potenciales enemigos del gobierno francés. No era la situación de los apresados en la vieja cárcel de la Bastilla o los protagonistas de los relatos de Kafka, que no saben de qué se los acusa, pero en algo se parecía. En esa intemperie apenas podía escribir; eran cientos de personas para una sola fuente de agua. Más tarde fueron trasladados a una antigua residencia, donde al menos tenían un refugio. Benjamin y un joven llamado Max, también judío, se acomodaron bajo el recodo de una escalera. Dormían sobre la paja. Usaron técnicas rudimentarias para construirse una pared y un estante. Planearon una revista. Benjamin fue libera-



do dos meses más tarde por la intervención de sus amigos franceses ante las autoridades del gobierno. Sin embargo, ahí tampoco tuvo tiempo para dar término a su obra de las cientos de citas, ese libro por diez años postergado.

Aunque nadie lo esperaba, Francia perdió la guerra muy pronto y las tropas alemanas avanzaron hacia París. La técnica que había conformado la maquinaria destructiva de la Primera Guerra –el gas mostaza es un ejemplo– se desarrollaría vertiginosamente en pocos años. Para la Segunda Guerra Mundial los aviones bombarderos podían destruir una ciudad en una sola noche. El ensayo de esta nueva técnica se había aplicado poco antes sobre el pueblo español de Guernica y había demostrado ser muy eficaz. Benjamin no llegaría a saber de la bomba atómica de 1945, fabricada gracias a las investigaciones del mismo pacifista, Einstein, que había defendido la invención de la radio para la comprensión mutua de los pueblos. Si la destrucción podía ser una obra, también una obra podía ser una destrucción.

Benjamin pensaba que para que una técnica artística y de comunicación –la radiofonía, el cine, la fotografía– fuera realmente revolucionaria, debía estar en manos revolucionarias. De ahí que haya visto para estas técnicas un futuro promisorio en la única revolución que le fue contemporánea: la de la Unión Soviética. Una vez que Francia fue invadida por los nazis, la catástrofe tocó la puerta de la Biblioteca Nacional de París. Antes de abandonar la ciudad, como tantos miles, Benjamin dejó parte de sus manuscritos escondidos. Empezó entonces la huida hacia el sur de Francia. La gente marchaba a pie o en algún transporte; llevaban sus pertenencias en carros, atados y bultos de los más diversos tipos. Llenaban las rutas y los poblados; eran parte de los millones de desplazados que traería la guerra. Algunos quedaban muertos en el camino, otros nacían en



los campos y en las estaciones de tren. Anna Seghers, una escritora alemana que a diferencia de Benjamin logró escapar de Europa, describe del siguiente modo los caminos de Francia desde la perspectiva de un grupo de jóvenes:

Avanzábamos dando grandes rodeos sin sentido, pasando la noche a veces en refugios, a veces en el campo, a veces saltando a los camiones, otras en los vagones de los trenes, nunca encontrábamos alojamiento, ni que hablar de alguna oferta de trabajo, íbamos dando un gran rodeo en dirección cada vez más al sur, cruzando el río Loira, el Garona, hasta el Ródano. Todas estas viejas ciudades hormigueaban de gente abandonada y descuidada. Pero era un tipo de salvajismo distinto al que yo había imaginado. Una especie de proscripción dominaba estas ciudades, una especie de fuero medieval, en cada lugar la ley era distinta. Había una incansable multitud de funcionarios que circulaba día y noche como perreros para pescar a la gente sospechosa de la muchedumbre en marcha, encerrarlos en las prisiones de la ciudad, luego arrastrarlos a algún campo de concentración si no había dinero para pagar el rescate o algún letrado y viejo zorro que los defendiera, y que de vez en cuando repartía con los perreros su paga desmesurada por la liberación. Por eso la gente, ante todo los extranjeros, cuidaba sus pasaportes y sus papeles como a la salvación de su alma. Me asombraba mucho cómo estas autoridades inventaban siempre nuevos procedimientos para ordenar, para registrar, para ir sellando a toda esta gente en medio de una catástrofe semejante.

Benjamin había vivido esos últimos meses pendiente de sus papeles, tratando de lidiar en oficinas y embajadas con esa nueva legalidad que suponía la guerra. De la ley, y de sus límites, se había ocupado desde joven. Y no sólo porque coleccionaba libros para niños y sabía por eso de bandidos. En



un estudio sobre lo que podía unir a la ley y a la violencia, escrito apenas terminada la Primera Guerra, se preguntó por la admiración que la gente sentía por ciertos criminales. Esta admiración no provenía del delito en sí mismo, sino del poder que hacía posible, por un momento, a una persona aislada como un criminal, enfrentarse con el gran poder de la ley. Las leyes cambiaban, a veces eran injustas. De ahí su interés por los juicios a las brujas en la época de la Inquisición, por las trampas de los contrabandistas de whisky en Estados Unidos, por la identidad del hombre de la máscara de hierro que había sido encerrado en la Bastilla y otros temas que Benjamin eligió para estos programas de radio.

Como muchas veces pasa con los héroes, algunos recuerdan a Benjamin especialmente por su muerte, en la frontera entre Francia y España huyendo de esa catástrofe que aunque previó no supo evitar. Su obra y su figura tuvieron el destino que él había deseado para otros desconocidos del pasado: fue rescatado y leído en su vida póstuma. Esto había imaginado Benjamin para la historia futura: que no hablase sólo de los reyes sino del sufrimiento de los olvidados, como los del terremoto de Lisboa o los de la erupción sobre Pompeya o los del desastre del río Mississippi. O de los grandes conflictos bélicos que diezmaron a Europa. En sus últimas semanas de vida, la catástrofe de la historia se le había hecho presente, y era difícil seguir su ritmo sin quedar aplastado. Todo instrumento técnico y de comunicación trabajaba en función del anuncio unilateral de un destino:

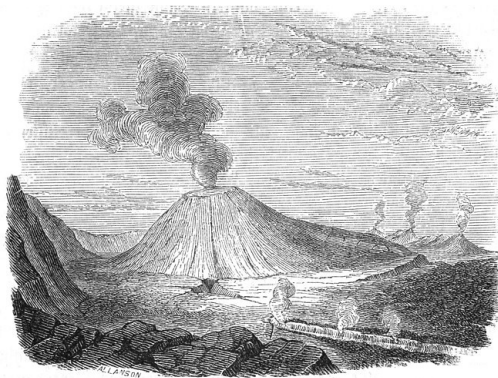
La absoluta inseguridad sobre lo que traerá el próximo día o la próxima hora domina desde hace semanas mi existencia. Estoy condenado a leer todo periódico (solo aparecen ahora con una página de extensión) como una notificación dirigida a mí y a escuchar en toda emisión radiofónica la voz de un mensajero de la desgracia.



Esto escribió Benjamin a uno de sus amigos que trataba de salvarlo; le habían conseguido una visa, un permiso de tránsito y un pasaje de barco que debía llevarlo a Estados Unidos. Esto no ocurrió, murió en el camino a su barco. Las noticias –de la prensa, de la radio– eran paralizantes como las cenizas que habían caído sobre la antigua ciudad de Pompeya, y dejaban atrapados a muchos en la huida. Pero queda contarle.

Buenos Aires, julio de 2014







LA CAÍDA DE POMPEYA Y HERCULANO

¿Oyeron hablar alguna vez del Minotauro? Se trata del abominable monstruo que vivía en medio de un laberinto en Tebas. Cada año le enviaban de víctima una virgen. Como la virgen no encontraba la salida entre los pasillos que se ramificaban y entrecruzaban cientos de veces, el ogro terminaba devorándosela. Hasta que la hija del rey de Tebas le dio a Teseo un ovillo. Teseo lo ató en la entrada, a fin de estar seguro de encontrar el camino de vuelta nuevamente, y luego mató al Minotauro. La hija del rey de Tebas se llamaba Ariadna. Uno de esos hilos de Ariadna no le vendría nada mal al que visite la Pompeya de hoy en día.

Pompeya es el laberinto más grande del mundo. No importa hacia donde se mire, la vista se topa con muros o con el cielo. Hace casi dos mil años, antes de que Pompeya quedara sepultada, tampoco debe haber sido fácil ubicarse dentro de la ciudad. La vieja Pompeya estaba constituida por una verdadera red de calles perpendiculares, con la diferencia de que ahora han desaparecido las marcas que antiguamente permitían ubicarse, como los comercios y los carteles de las tabernas, los templos y los edificios más elevados. Donde antes había escaleras y paredes organizando los edificios, ahora hay brechas en los muros que abren el paso hacia todos lados. Paseando por esta ciudad muerta con alguno de mis amigos de Nápoles o Capri, me ha ocurrido muchas veces de querer señalarles una pintura descolorida en un muro o un dibujo hecho con mosaicos a mis pies y descubrir que me había quedado solo. Debíamos entonces comunicarnos a gritos para, luego de algunos minutos angustiosos, volver a encontrarnos el rastro.



Pero no deben pensar que uno se pasea por esta Pompeya muerta como por un museo de antigüedades. No es así. Bajo el calor sofocante que suele reinar en esas amplias calles uniformes y sin sombra, en las que el oído no percibe ningún sonido y el ojo sólo encuentra colores opacos, el visitante entra enseguida en un curioso estado de ánimo. Se sobresalta de sólo escuchar pasos, o si de pronto se le aparece otro paseante solitario. Y los guardias uniformados con sus caras de bribones napolitanos tampoco hacen la cosa más acogedora. Las casas de los antiguos griegos y romanos casi nunca tenían ventanas. La luz y el aire provenían de un patio interno, una abertura en el techo que correspondía al depósito de agua ubicado en el piso de tierra, donde caía la lluvia. Los muros sin ventanas siempre han tenido algo severo, pero ahora que sus colores desaparecieron las calles tienen un aspecto doblemente serio. En cambio el Vesubio, con sus bosques al pie y los viñedos en las alturas, nunca se debe haber visto tan bello y encantador como cuando aparece ahora sobre los rígidos muros o por las aberturas de uno de los tres o cuatro portales de Pompeya que aún se mantienen en pie.

Así de encantador y para nada temible les pareció a los pompeyanos durante siglos el volcán que un día destruiría su ciudad. Es cierto que existía una antigua tradición según la cual en la zona de la Campania, donde quedan Pompeya y Herculano, se hallaba la entrada al infierno. Sin embargo, no se tenía ninguna noticia de una erupción del Vesubio desde los inicios de la historia escrita. El Vesubio había estado en calma durante muchos siglos. Los pastores pacían al ganado en su verde cráter, y Espartaco, el comandante de esclavos, se escondió allí con todo su ejército. En Campania siempre hubo terremotos, pero a eso sus habitantes estaban acostumbrados. Además, pa-



rece que por mucho tiempo fueron suaves y se limitaron a un radio pequeño.

Esta paz de siglos que parecía haber sellado aquí la tierra con los hombres (los hombres entre sí estaban tan lejos de la paz en aquel entonces como lo están ahora), esta paz tan antigua fue perturbada en el año 64 después de Cristo por un horrible terremoto. Ya entonces la mayor parte de Pompeya quedó destruida. Y cuando dieciséis años más tarde la ciudad desapareció completamente de la faz de la tierra por varios siglos, ya no era una ciudad como las otras.

Para la época de la erupción del Vesubio, Pompeya estaba en pleno proceso de renovación y reformas. Cuando los hombres reconstruyen una ciudad destruida, nunca la dejan tal como era antes. Siempre quieren sacarle al menos algún provecho al infortunio y buscan rehacer lo viejo de manera más segura, más bonita y mejor que antes. Y lo mismo ocurrió con Pompeya.

En aquel tiempo era una ciudad rural de tamaño mediano, con unos veinte mil habitantes. Los samnitas, un pequeño pueblo itálico, vivieron allí completamente aislados hasta poco antes del nacimiento de Cristo. Cuando los romanos ocuparon la zona, unos ciento cincuenta años antes de la caída de la ciudad, Pompeya no pasaba demasiados apuros. No fue conquistada, sino que sólo se estableció allí una cierta cantidad de súbditos romanos, con los cuales los samnitas debían compartir sus campos. Estos romanos empezaron rápidamente a organizarse y a organizar la ciudad según sus usos y costumbres. Y ya que estaban en plan de hacer cambios y reformas, decidieron sacar ventaja del terremoto. En resumen, de los antiguos samnitas no se ha conservado demasiado en la Pompeya arrasada, y hay estudiosos que preferirían que no hubiese habido primero un terremoto, sino que el Vesubio sepultase directamente la



vieja ciudad samnita, de modo que quedara tan bien conservada como la Pompeya romana. Pues si las ciudades romanas las conocemos bastante bien, no sabemos nada de las samnitas.

Puede decirse que de la caída de Pompeya tenemos una idea tan precisa como si hubiese ocurrido en nuestros días. Y lo sabemos por dos cartas que le dirigió un testigo ocular de la erupción del Vesubio al historiador romano Tácito. Se trata de las cartas más famosas que hayan sido escritas en el mundo. En ellas vemos no sólo lo que sucedió en aquel entonces, sino también cómo se lo tomó la gente. Fueron redactadas por Plinio el joven, un gran estudioso de la naturaleza, que tenía 18 años cuando ocurrió la catástrofe y estaba viviendo junto a su tío en Miseneo, pegado a Nápoles. Su tío, Plinio el viejo, era comandante de la flota romana y murió durante la erupción. Les leeré ahora una de las cartas:

Hacia una hora que debía ser de día, y sin embargo reinaba alrededor una pálida luz crepuscular. Las casas de nuestra vecindad se tambaleaban de tal forma que se volvió peligroso quedarse en el estrecho patio al que habíamos huido. Así que decidimos abandonar la ciudad. La multitud nos siguió; había perdido la cabeza a causa del miedo y se comportaba como suele hacerlo en estos casos: creía actuar de modo inteligente al dejarse guiar por otra persona. Era una masa inmensa que nos apretaba y empujaba. No bien salimos del barrio de las casas, nos quedamos parados, pero también ahí nos vimos confrontados con horrores nuevos, inauditos. La zona era completamente plana. Pero los carros que habíamos hecho traer para huir en ellos se bamboleaban de un lado al otro. No logramos fijarlos en el lugar ni con ayuda de las piedras que les pusimos debajo. El mar parecía querer volverse a



su seno, era como si la playa se lo sacara de encima. Se había ensanchado enormemente y había muchos animales marinos tirados en la parte seca. Frente a nosotros había una horrosa nube negra, desgarrada de vez en cuando por grandes lenguas de fuego; luego se cerró y volvió a separarse, y de nuevo aparecieron en su interior llamas que parecían rayos, sólo que mucho más grandes.

Así escribe Plinio, y enseguida escucharán más de él. Pero, como les decía, él vio la cosa desde lejos. La nube de fuego que describe estaba sobre el Vesubio y no tocó Pompeya. Pompeya no desapareció como a principio del siglo XX la isla Martinica, que prácticamente fue devorada por una nube ardiente. El fuego no se apoderó de Pompeya. De hecho, los ríos de lava, tan devastadores durante las últimas erupciones del Vesubio, ni tocaron la ciudad, que en realidad fue sepultada por una lluvia.

Pero fue una lluvia especial. En otra parte de su carta, Plinio cuenta que la nube sobre el volcán se veía de pronto negra y de pronto gris claro. Las excavaciones en Pompeya nos han demostrado el origen de este espectáculo. Lo que ocurrió es que el volcán fue escupiendo alternativamente ceniza negra e inmensas cantidades de piedra pómez gris. En Pompeya se pueden distinguir claramente estas capas, con las que pasa algo especial. A los sedimentos de ceniza les agradecemos algo que no ocurrió nunca más en la tierra: la reproducción nítida y realista de personas que vivieron hace dos mil años.

Esto ocurrió de la manera siguiente: mientras la gente fue literalmente golpeada hasta la muerte por la piedra pómez que cayó, por mucho que hayan intentado protegerse con telas y almohadas, al resto de los pompeyanos los ahogó la lluvia de ceniza. Entre las piedras, los cadáveres se